

Historia de la bibliotecaria. #CorbataDiscreta

Gertrudis es una empleada ejemplar de la biblioteca de la Universidad. Su trabajo consiste en clasificar libros y controlar los préstamos de alumnos y profesores.

Un 27 de julio por la tarde Gertrudis era el único miembro del equipo de bibliotecarios que estaba en su puesto de trabajo.

Consulta los datos identificativos de un nuevo volumen en la sala de los bibliotecarios cuando ve a una persona esperando frente al mostrador de préstamos. La toca atenderle, nadie más trabaja esta tarde. En apenas dos segundos Gertrudis ha llegado al mostrador. Es una profesional.

- Buenas tardes. Dime.

Se trata de un exalumno que terminó la carrera hacía casi un año. ¡Oh vaya! Quería tomar en préstamo un libro sobre diseño narrativo de videojuegos que no encontraba en el estante correspondiente.

- ¡Puff! Claro que no lo encuentras. Está prestado. Y no sé yo si lo van a devolver pronto porque... lo tiene un profesor.

Código escarlata: lo tiene un profesor. Todo está perdido entonces. Es más sencillo conseguir una gema del infinito en poder de Thanos que recuperar un libro de la biblioteca secuestrado por un profesor.

- ¡Jopé! En cuatro años nunca he podido sacar el libro. ¿No me digas que lo sigue teniendo Arturo?

- ¡Pues sí! -dijo ella entre risas- ¡Le tienes fichado!

- De verdad, ¿tarda cuatro años en leerlo? Oye, ¿no podéis enviarle un mensaje para que lo devuelva o algo?

Este mozo era de ese tipo de personas a las que les cuesta mirar a los ojos a su interlocutor, o eso le pareció a Gertrudis, ya que miraba bastante más tiempo abajo, al mostrador, al suelo, a donde fuera, que a ella.

- Le mando un correo electrónico si quieres, pero dudo que lo traiga antes de septiembre, éste se pasa todo el verano en Llano del Cura, al lado de Cangas de Onís. Qué sitio tan bonito.

- ¡Ah! ¿Sí?

- Pues sí, pillá un poquito lejos, ¿eh? Ja, ja. Como no te vayas allí a buscar el libro. Ja, ja. ¡Ah! ¡Y que lo tenga encima, claro! Porque...

- Vale, pues nada, muchas gracias.

El alumno se fue con prisa y dejando a Gertrudis con la palabra en la boca.

Cuando Gertrudis se da la vuelta para volver al despacho su mirada se posa en un montón de libros desordenados que el becario (se marchó hace un buen rato; bendito sea) no había dejado en sus respectivos estantes. Le tocaría a ella dejar los libros en su sitio. Y he aquí

que el destino, la Providencia, o como quiera que se llame ese designio misterioso que rige el universo y propicia los sucesos más extraordinarios, quiso que el primer libro de esta gran pila fuese precisamente el que buscaba el alumno desde hace cuatro años. El cándido becario que abandonó su puesto de trabajo a la hora exacta, no sólo no colocó los libros en las estanterías, sino que, por lo que parece, tampoco los pasó por el escáner de préstamo y por este motivo, dedujo Gertrudis, el libro por el que preguntaba el exalumno figuraba como prestado en el sistema de préstamo de la biblioteca. No obstante, esa gran pila de libros coronada por el mentado volumen se encontraba en un lugar muy visible del mostrador. Gertrudis, al ver un alumno esperando y sin nadie que le atendiera, fue presta a resolver esa pequeña tarea urgente que interrumpía su labor habitual; y precisamente por ello, no se paró a identificar cada uno de los ejemplares en derredor antes de atender al usuario de la biblioteca, sino que fue rauda a solucionar el asunto y para ello nada más efectivo que prestar mucha atención a la sabiduría administrativa que desprende la pantalla de la computadora. Pero el alumno de mirada esquiva, más interesado en contemplar el mostrador que a su interlocutor, ¿no vio sobre la mesa ese volumen que lleva más de cuatro años buscando?

Gertrudis atrapó el volumen y salió corriendo para buscar al alumno. Como ocurre siempre en estas circunstancias, el sujeto se había volatilizado.